

LA NUEVA ERA.

Porvenir de la raza Slava.

Estamos atravesando el periodo mas solemne de la historia de la humanidad. Los acontecimientos portentosos se suceden con tal rapidez, que falta tiempo al hombre pensador para observar todos los fenómenos sociales que se van acumulando. En todos los pueblos civilizados se manifiesta ostensiblemente la conciencia humana inquieta, agitada, terrible algunas veces, mas serena y menos agresiva otras, pero constantemente decidida á protestar por todas las vias contra los obstáculos que se opongan á la trasformacion del viejo mundo. Las caducas sociedades sufren, las sociedades nuevas se levantan: desmorónanse los restos gastados de los monumentos feudales, encarnados en las instituciones europeas; las razas esclavas sacuden sus cadenas seculares y aspiran con regocijo las benéficas auras de la nueva vida.

Hace diez y ocho siglos, al morir en el Gólgota, el divino redentor del linaje humano dejó resuelto el grandioso problema que encierra los destinos del hombre, y en cuya solucion trabaja la inteligencia con infatigable perseverancia. Desacreditadas las doctrinas politeistas desde el momento en que se proclaman los eternos principios del Evangelio, no tarda en presentarse la primera evolucion emancipadora de la historia: la ESCLAVITUD, que era el órden natural y legitimo de la antigüedad, cambiöse en SERVIDUMBRE.

Este era el primer paso dado en la consagracion práctica de un principio teórico.

El órden natural y legitimo del mundo oficial en la edad media era tambien la servidumbre; pero como la humanidad iba marchando por el camino providencial, sonó la hora de la renovacion, y la segunda evolucion emancipadora de la historia abolió la SERVIDUMBRE sustituyéndola con el PROLETARIISMO.

Se habia dado un paso mas en la via del progreso social.

El *salario*, que Chateaubriand apellidaba la *esclavitud prolongada*, constituye la base de la moderna sociedad. Los maestros de la ciencia, los gefes de las escuelas economistas no han podido concebir como pueda subsistir la sociedad sin la plaga del proletariado. Y, sin embargo, la tercera evolucion emancipadora de la humanidad se está verificando. La idea del siglo, conformándose con la consecuencia lógica, necesaria, inevitable de los principios proclamados por Cristo, va á trasformar profundamente la cadavérica sociedad, sustituyendo el pasado con el ideal del porvenir.

Si la idea del siglo no dominase las conciencias de todos los hombres de corazon, no seria tan universal la reclamacion hácia el orden nuevo, hácia la justicia, hácia el bien-estar.

Las frecuentes erupciones de los volcanes prueban suficientemente la honda conmocion de la sociedad europea, que experimenta una de esas crisis terribles en pos de las cuales viene la vida ó la muerte. Si sucumbe, dominará el materialismo; si, como es de esperar, resiste á la accion disolvente de los partidos que se suicidan; de las instituciones que caen con estrépito; de los intereses egoistas y bárbaros que caducan, en pos de la aurora de la nueva era que asoma por el horizonte europeo brillará el sol esplendente que ha de iluminar la tercera renovacion de la sociedad.

Y en esta nueva era ¿cuál será el porvenir reservado por la providencia á las varias nacionalidades, y á las varias razas que pueblan la Europa?

Por hoy solo nos ocuparemos de la raza Slava, nacida á la vida política repentinamente al comenzar el prólogo sangriento del gigantesco drama.

Los maravillosos acontecimientos de que está siendo teatro el mundo oriental de la Europa han preocupado bastante nuestra imaginacion, desde los magníficos sucesos de febrero del pasado año. Reflexionando maduramente sobre el destino que reserva la Providencia en la via de la civilizacion y progreso á la mas formidable de las familias europeas, que se estiende desde el mar Glacial hasta el Adriático, desde el mar Caspio hasta el Báltico; á un pueblo mucho mas numeroso que la Alemania y Francia reunidas; á un pueblo que tiene fé en las tradiciones primitivas de la tribu; que conserva todavía puros los gérmenes del desarrollo interior y orgánico de las sociedades modernas, no puede uno menos de asombrarse del gran fenómeno histórico que se verifica.

Si hubiesen conservado estas razas la pureza de su primitivo idioma, la solilaridad que las une, seria ya conocida, y la emancipacion de la antigua Lituania y de la antigua Polonia hubiese seguido inmediatamente á la emancipacion de la grande Ilyria.

La noble raza de los slavos, cuyo idioma pintoresco, cuyo carácter alegre y expansivo, cuyos sentimientos magnánimos y generosos se han reflejado principalmente en la hermana primogénita de la Slavia, esto es, en la gran Polonia, tiene un porvenir inmenso en la trasformacion actual de Europa. Los innumerables pueblos de la grande Ilyria han sacudido su letargo secular en el momento mismo en que ha dado señales de vida la Germania moderna; los Slavo-Rusos, los Slavo-Polacos, los Slavo-Lituanios, reconciliados ya con el espíritu democrático de la Alemania, han presentido tambien la época, pero no se han movido aun á hacer el último esfuerzo para rechazar la dominacion tártara de los Tzares de Petersburgo. El espectro de la desgraciada Polonia combate en Viena y en Hungria á los Ausburgos, sus irreconciliables enemigos. Bem y Georgey, Dembesky y otros bizarros polacos al frente de un ejército de 180.000 húngaros rechazan á los austriacos y á los rusos de las fronteras. Las violentas convulsiones que agitan á la Alemania provienen, en parte, de los proyectos del *Panmoskowitz* del Tzar. Sin comprender toda la fuerza del lazo que las une, las razas Slavas propenden á la concentracion de nacionalidades, y como si un instinto se creto guiasen los primeros pasos de estos infantes de la civilizacion, la federacion democrática, que es la base de su pensamiento político, constituirá una barrera contra la barbarie de la autocracia Rusa.

Originaria del Asia, la familia Slava iniciada ya en el pensamiento vivificador del mundo, tiene que cumplir sus destinos providenciales civilizando la cuna de sus mayores: ¡extraña y singular conquista la que aguarda á esta raza! Los pueblos del alta Asia, y del Asia central no podrán menos de saludar con júbilo á sus hermanos en idioma y costumbres.

En cuanto al Occidente, los Slavos no están destinados á ser, como algunos pretenden, el aluvion bárbaro que inunde la Europa. No, los gérmenes de sociabilidad que encierran estas tribus rejuvenecerán la decrepita civilizacion, lejos de estinguirla y ahogarla, como se propalá con marcado designio. No abandonando las razas germana y latina su papel en la escena del mundo, papel de iniciacion y de propaganda, á ellas únicamente reservado, la Slavia se constituirá definitivamente en provecho de la idea del siglo.

Si las maquinaciones de los hombres pudiesen contrabalancear el influjo irresistible que ejerce la ley de la historia, temores fundados habria al considerar los pro-

yectos ambiciosos que abriga el *Panmoskovismo* con respecto á la Slavia. Son demasiado hostiles las miras de los Holstein-Gottorp para que hayan podido pasar desapercibidas de los hombres inteligentes, que dirigen á los Techekes de la Bohemia, y á los Slavos de la Illyro—Servia, y de la Moldo—Valaquia: pero aun cuando el *Panmoskovismo* ganase á los hombres, resistirian las ideas.

Se acerca el momento solemne en que la Alemania democrática repare las faltas cometidas por las dinastías contra la Polonia, cuyos hijos sirven hoy con tanto heroísmo á la causa de la Germania. La Posnanía y la Galitzia aguardan la reparacion prometida. La Slavia Meridional unida á la Slavia oriental y septentrional ¿no logrará desenmascarar al autócrata? Muchos obstáculos habrá que vencer; y no serán los menores los que suscite la pretension ecsagerada del elemento germánico.

Pero interesa á la Alemania, mas que á ninguna otra nacion civilizada, no comprometer con su impaciencia las nobles aspiraciones de la raza Slava. Lejos de entorpecer la completa emancipacion de los pueblos Slavos, debe, en nuestro concepto, acelerarla, para prepararse ella misma contra los enemigos interiores y exteriores.

La Magdyaría á su vez comprenderá por fin que debe reservar sus ímpetus caballerescos y su espada vengadora para rechazar la barbárie tártara, y no para esterminar á los Slavos, que ignoran el papel que representan en estos momentos en los llanos de la Hungria.

La civilizacion occidental nada tiene que temer, pues, del mundo oriental de la Europa, si la raza pensadora por escelencia, y la raza activa é inteligente aciertan á verificar la grande evolucion presente, sin pretender género alguno de supremacia sobre las tribus que pertenecen á la grande Slavia. Asi la raza Slava, que se presenta la última en la cruzada de la emancipacion européa, desarrollará la esfera de actividad de la inteligencia humana, y cumplirá su brillante mision en la grande obra.

Agustin Mendia.

1808.—1848.

CAMPO DE LA LEALTAD.

ROMANCE.

—«Ven conmigo, niña hermosa,
al pie de ese monumento
orgullo de nuestra pátria,
ignominia de estrangeros.

Ven, y de flores de Mayo
el pobre altar coronemos,
con una rodilla en tierra,
con los ojos en el cielo.

Ahí reposan las cenizas
de los bravos caballeros,
que en pro de la independencia
su honrada sangre vertieron.

Era cada pecho entonces

una muralla de hierro....
¡aquellos sí que eran hombres!
¡cómo se mudan los tiempos!

Un dia del alta cumbre
bajaron del Pirinéo,
á nuestros campos floridos,
tigres con piel de corderos.

¡Tigres!... dije mal; esclavos
de *el gran bandido* eran ellos,
que, á ser tigres, mas piadosos
hubieran sido sus pechos.

A la sombra del gigante
que espantaba al universo,

vinieron á España.... ¿Cuántos
podrán decir que salieron?

Por do quiera sus hazañas
raudos llevaban los ecos:

Arcola! Jena!—se oía—

Austerlitz! Lodi! Marengo!

Las *Pirámides* temblaron;

á su voz gimió el desierto;

un nombre llenaba al mundo;

un pueblo á todos los pueblos.

Aquí tambien de sus glorias

dejar quisieron egemplo...

¡asesinando mugeres,

mozos, y niños y viejos!

Con lauros tales el Corso

ciñó sus sienas de fuego;

ellos destilaron sangre

sobre el manto del imperio.

Mas.... oye.... el cañon retumba....

¡oh, qué angustioso recuerdo!

¡parecíame de mil víctimas

estar el gemido oyendo;

Y que la tierra se rompe,

y que reviven los muertos

con la frente hecha pedazos,

los ojos sangre vertiendo.

¡Ellos son! Daoíz! Velarde!

¡vosotros si que erais buenos!

nosotros, raza maldita,

alma libre no tenemos.

Se eclipsaron nuestros soles,

apagóse nuestro aliento,

y una gran sombra se estiende

por el horizonte inmenso.

¡Oh mártires! ¡maldecidnos,

y que rueda por los vientos

vuestra maldicion eterna,

para turbar nuestros sueños!

LIBERTAD!—clamais—¡y os damos

lágrimas y vilipendio....!

¡vosotros si que erais hombres!

¡cómo se mudan los tiempos!—

Ventura Ruiz Aguilera.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

(Continuacion.)

La hermita de San Cristoval, situada á medio cuarto de legua de Vitoria, en el declive de una pequeña colina, que, tomando su origen en la carretera de Navarra va á rematar en el punto donde la Comision del ayuntamiento de Vitoria concluye su cabalgata, cuando en procesion sale á visitar los mojones de su jurisdiccion; esta hermita, que por vecinos tiene dos molinos, el uno blanco como la nieve y el otro negro como una chimenea, y que por la parte de el Oriente está resguardada por otra colina que se estiende paralelamente con la que acabamos de indicar, formando entre las dos una encañada, por cuyo centro corre un arroyuelo; esta hermita, pues, amortizada ayer y desamortizada hoy, presenta un pequeño campanario á través de unos chopos altos y delgados como palos de un navio. Infinidad de caminos y sendas conducen á los paseantes hasta una era, que está á espaldas de la referida hermita, si quieren caminar por la parte del *portal del Rey*; y otras tantas vias de comunicacion tienen si salen por la *Florida*, *camino de la Rioja* y *fuelle de las Animas*.

Por este último punto se ve marchar en direccion al santuario un hombre tan delgado como el baston que lleva en una de sus manos: su paso no es muy ligero, pero su cabeza gira con precipitacion á derecha y á izquierda, á fin de observar si algun otro mortal sigue el mismo camino: cualquiera dirá que no es dar un paseito el objeto de su salida de la ciudad, sino algun otro asunto importante para

el cual es necesario el aislamiento, la soledad. De vez en cuando se para á leer un papelito; y de la sonrisa que asoma á los lábios del solitario lector, puede deducirse que las frases que pone delante de sus ojos le causan estraordinaria complacencia. A cada ojeada que *D. Cecilio Chacona y Contreras* echa sobre el billete, cree tener ya en su poder los cuantiosos caudales del padre de Julia, para con ellos abrir un grande almacen de telas y de percales.

Por una de las sendas que desde la Florida atraviesan hasta el camino de la Rioja, va el licenciado *Pandectas*, cuyos pies no guardan compás con los fuertes latidos de su corazon. Tras este se distingue al Hidalgo *Zampa-terrones* que marcha en la misma direccion, mascando á dos carrillos los dulces y pasteles que ha comprado en una de las confiterías mas acreditadas de la ciudad, con objeto de tener fuerzas suficientes para poder resistir los sabores y sinsabores de la espedicion.

El Doctor *Homóplato de la Disolucion* ha creido oportuno salir por la puerta del Rey; Luis por la de Rioja, y *Paralelógramo* por la de Francia, con ánimo de describir un semicírculo antes de llegar á la suspirada Hermita. Todos seis llevan un mismo pensamiento, aunque marchan por distintas veredas. La bella Julia debe pronunciar dentro de tres cuartos de hora palabras dulces y de consuelo para todos ellos.

Sentado en un enorme tronco de roble, que está á unos cuantos pasos de la hermita, hay un hombre que, aunque trata de ocultar su rostro entre el cuello de una especie de gaban azul, deja, no obstante, descubiertos unos vigotazos como los de Mustafá. Hace ya cerca de una hora que se halla descansando de la marcha precipitada que ha traido, con el fin de ser puntual á la cita; pero si bien ha encontrado un reposo para su cuerpo, no así para su abrasada imaginacion, pues desde que ha llegado al punto designado en el billete, han cruzado por su mente multitud de ideas, que le han conducido á la meditacion mas profunda respecto al partido que debe tomar en desposándose con Julia; esto es, á si continuará en el servicio, ó pedirá la licencia absoluta para sentar plaza de comerciante en el monetario egército del señor de Beltran. El Alférez *Tremenda* sumido en tan hondas reflexiones, no repara en otro prójimo, que, pasando por muy cerca de él, va á tomar posicion en un carro colocado en uno de los extremos de la era. *D. Cecilio Chacona y Contreras*, sentado en la larga vara del carro, empieza á dibujar en el suelo con la punta de su baston algunas figuras geométricas: quizá haya pasado por su mente levantar el plano del grande establecimiento que piensa abrir con el metal que Julia lleve al matrimonio. Ninguno de estos dos filósofos enamorados, ve como masca *Zampa-terrones* á la orilla de un manantial de agua que hay al pie de una especie de terraplen, que sirve de base á la hermita por el lado en donde la barranca presenta mas profundidad. *Paralelógramo* dirige sus visuales á la hermita desde el *molino negro*, como quien trata de medir la altura que tiene el campanario de la hermita. Al licenciado *Pandectas* le ha parecido mas conveniente esperar á su querida Julia en la puerta del molino blanco, comentariando una por una las palabras del billete que allí le ha conducido. Luis ha ido á situarse á la parte del mediodía de la hermita cerca de un puentecito de madera, por el que los paseantes atraviesan el cáuce del molino negro. Y, por último, *Homóplato*, para aspirar con mas libertad el hermoso ambiente de la noche y contemplar á sus anchuras la naturaleza, se ha sentado en un ribazo situado detrás del primer molino.

El mas esperto y entendido general en gefe no hubiera colocado tan bien á sus soldados para la circumbalacion, bloqueo y sitio de una plaza, como sin saberlo se han colocado por un mismo pensamiento los siete novios de la bella Julia al rededor de la hermita. Todos los caminos están tomados y guardadas las posiciones, de manera que ni una mosca puede escaparse sin ser vista y oida por los vigilantes centinelas.

Hace ya cerca de tres cuartos de hora que *Tremenda* y sus rivales se hallan escalonados; y todavía no se vislumbra la menor señal que indique la permanencia de la coqueta en la hermita ni en sus alrededores. El Alférez *Tremenda*, mas ducho, como militar, para lo de hacer de *escucha* y recorrer el recinto, se levanta de su asiento y se dirige hácia donde está *Chacona* dibujando. Al ver este un hombre de cerca de siete pies de alto y con unos disformes vigotazos, que pasa misteriosamente sin dignarse decirle ni siquiera buenas noches; por que es de advertir que ya el sol ha dejado el campo espedito á la luna, cree por de pronto que es algun defraudador de los derechos municipales, que espera una buena ocasion para introducir el contrabando en la ciudad. El guerrero, que respecto á contrabandos no recela de nadie, piensa que *Chacona* es un buen ciudadano que cansado de trabajar ha venido á esplayarse por el campo; pero no asi juzga al Hidalgo *Zampaterrones* al verle engullir como un buitre á la orilla del manantial, pues le toma nada menos que por el sacristan del santuario, atreviéndose á dirigirle la palabra.

—Hola, buen hombre; parece que se procura por la vida.

—Quia! si no hago mas que matar el tiempo; si V. gusta....

—Gracias, amigo, ¿ha mucho que está V. aqui?

—Cerca de una hora.

—Sabe V. si hay gente estraña en la hermita ó por estos contornos?

—Ignoro si está habitada: (si será algun ladron? observa por lo bajo *Zampaterrones*: preparemos los cachorrillos).

—No ha visto V. pasar por este camino algunas jóvenes de Vitoria?

—¿Y V. las ha visto?—contesta impaciente el Hidalgo.

—Y á V. que le importa?

—Mas que á V. quizá.

—Por vida de Marte y qué preguntón es el engullidor.

—El pregunton es V. y con torcido fin.

—Cómo que con torcido fin, canalla!—el Alférez *Tremenda* agarra á *Zampaterrones* por las orejas, haciéndole que se incorpore contra su voluntad. El hidalgo, que no sufre que nadie le haga presa de las orejas como á un novillo, valiéndose de sus tremendos puños, da tan fuerte cachete al militar en el ojo izquierdo que por de pronto cree este estar contemplando el estrellado firmamento metido en una cámara oscura. *Tremenda*, respuesto algun tanto de su asombro, vuelve á la carga, y entonces *Zampa-terrones*, menudca con mas furia los cachetes; pero como no es de tanta humanidad como su contrario, á las tres ó cuatro arremetidas y empujes de este se ve precisado á medir el suelo con sus espaldas.

Los mastines del molino blanco ladran con estraordinario furor, motivado por otro sangriento combate á pedradas travado entre *Pandectas* y el doctor *Homóplato*, que cansados de hacer centinela han abandonado sus respectivos puestos como dos reclutas, para ir á la Hermita en busca de la bella Julia. Ambos rivales se han encontrado cara á cara en el camino, y despues de unas cuantas torvas miradas y de algunas preguntas y respuestas reducidas á—¿porqué me sigue V.?—¿y á mi?—marche V.

por su camino—voy por el mio etc. han empeñado tan singular batalla. *Pandectas*, aunque mas pesado que su contrario, se retira con orden por la barranca con ánimo de hacerse fuerte hasta perder la última gota de su sangre encerrado en la Hermita. *Homóplato*, que tambien quiere á todo trance posesionarse del edificio, aunque lo tenga que tomar por asalto por que ha jurado pasar la noche fuera de la ciudad, avanza á paso de ataque contra el Licenciado.

Viendo *Tremenda* que los dos combatientes están ya muy cerca, y creyendo que son los amigos del que él supone sacristan, que vienen en su socorro, suelta al Hidalgo y se dirige hácia la era en donde aun permanece *Chocona* dibujando en la arena, quien al observar la precipitada fuga del defraudador de los derechos municipales, y tratando de evitar que los guardianes de puertas no le descubran y le tomen tambien por contrabandista, penetra por una estrecha puerta que está abierta y que debe ser la del pajar de los inquilinos de la Hermita. Tras él entra el guerrero, despavorido, y tras este *Pandectas* fatigado de la retirada, y á poco despues atraviesa tambien el dintel de la misma puerta el doctor *Homóplato* jurando vengarse de su contrario.

Dos fuertes detonaciones se oyen simultáneamente en la barranca, cuyos ecos, repetidos unas cuantas veces por las concavidades que forman las colinas, producen el efecto mas alarmante en el ánimo de los vecinos de aquel contorno. El autor de este espantoso estruendo ha sido *Zampa-terrones*, que viéndose libre del hombre de los vigotazos ha querido dar la señal de alerta disparando sus cachorriillos; y á fin de evitar un nuevo encuentro con el capitán de bandoleros trata de poner los pies en polvorosa via recta de la hermita, en cuyo asilo piensa permanecer hasta tanto que acuda gente. (La conclusion en el número próximo).

Á LA SEÑORITA D.^a CAROLINA CORONADO. (1).

¡Hermosa aparicion...! mágica aurora,
que al empanado azul de nuestra esfera
vienes hoy á verter luz bienhechora,
pasando como ráfaga ligera:
del pensamiento aquí reina y señora,
aquí nos miras por la vez primera;
pero aquí nuestra ardiente fantasía
antes de verte ya te conocia.

Estrella para tantos trovadores,
perdida un tiempo y con afan llorada:
tú, cantora inmortal de los amores,
de las nubes que giran de pasada,
de los valles, las aguas y las flores,
del ave que suspira en la enramada,
que entiendes su lenguaje y sus arrullos,
y sus giros, sus ecos, sus murmullos...

Tú siempre entre nosotros has vivido:
hemos cantado al escuchar tu canto:
tu propio sentimiento hemos sentido:
las gotas ¡ay! de tu abrasado llanto
en nuestros corazones han caido...
y, fascinada por su dulce encanto,
vívida nuestra mente se lanzaba
do quiera el eco de tu voz sonaba.

Esa voz..., esa voz que, misteriosa,
allá en el fondo de las almas suena;
que ora gime entre el aura vagarosa,
ora inspirada los espacios llena:
esa voz, siempre amiga y cariñosa,
que el fatigado corazón serena,
de la dolida humanidad lamento,
hija de la verdad y el sentimiento...

Tu sombra por las brisas columpiada,
envuelta en blanco, trasparente velo,
á nosotros llegó... y á su morada
otra vez tiende su brillante vuelo:
huye, sí!... Nuestra atmósfera nublada
no quieras aspirar... que sin consuelo
el alma en lucha horrenda aquí se agita,
y aquí joven la frente, se marchita.

Tal vez por siempre á Dios, sombra querida,
del vate inspiracion, del genio hermana;
alumbre tu carrera bendecida
el templado fulgor de la mañana:
y si tu imágen pálida, sin vida
te ofrece el insalubre *Guadiana*....
el *Jévara* á tus pies allí murmura,
¡vuela á mirarte en su corriente pura!

(1). Estas pobres octavas las compuse y lei en la sesion que el Liceo de Madrid consagró á nuestra esclarecida escritora.—(Nota del autor.)

Que el Jévara es tu río... por tí llora,
 á tí su rauda vena ha consagrado;
 tú eres la ninfa que en sus aguas mora,
 tu imágen la mejor que ha retratado:

saluda sin dolor su honda sonora,
 y entanto que él te mira estasiado,
 te veremos, ya tristes ó risueños,
 en el mundo ideal de nuestros sueños.

Tomás Rodríguez Rubí.

EL PORTERO.

Al querer hablar de este individuo, no trato de confundir en una todas las clases en que se subdivide la gran familia de los porteros. No seré yo quien las confunda, escrupuloso en eso de elevar ó rebajar la dignidad de la posición social que á cada hijo de Eva le ha cabido sobre este globo.

Aun careciendo del don de profecía, puede cualquiera asegurar que siempre habrá diferencia entre el portero de una oficina del Estado, y el que ocupa el patio de una casa particular; y también se notará bastante la que existe y ha de existir entre los porteros que sirven á señores particulares, por cuanto siempre estará en razón directa del respectivo boato de estos; y ciertamente no ha de ser reputado lo mismo el portero del palacio de un título de Castilla, que el de la casa de un mayorazgo de provincia, ó de un comerciante, aunque este lo sea *por mayor* ó de *puerta cerrada*, como se dice; ni el portero de *estrados* puede ser tenido en la misma consideración que el de *vara*, así como el que se titula *mayor* en una dependencia del reino, debe ser distinguido del que se llama *porterejo* en el círculo de los suyos.

Ni pienso, pues, y por tanto, hablar de todos, para lo cual sería preciso irlos clasificando separadamente, como clasifican á las plantas los herbolarios para señalar al ranúnculo y al hongo la línea á que pertenecen en el gran catálogo de los vegetales. Si acaso, esto incumbe á los estadistas, y debemos esperar confiadamente que se fije al fin de una manera incuestionable la verdadera categoría, clase, ó escala gerárquica de unos y otros porteros, desvaneciéndose toda duda que ocurrirse pueda en materia de suyo tan importante.

Esto supuesto, salgo á plaza con dos (no más que con dos) de mis clientes; y me permitiré la franqueza de presentarlos al público, narrando lo esencial de su historia, como un sacristán que, mostrando á los devotos los cuerpos de dos canonizados, cuenta su vida y milagros con los méritos que á tal beatitud les condujeron.

Confieso antes que es una temeridad de mi atrevida pluma querer pintar los enunciados tipos, y que podrán los porteros formalizar *in petto* una fundada queja porque no se hayan ocupado de ellos otros ingenios, dejándoles por esa incuria estraña espuestos á ser presa, como lo son, de mi inesperta péñola: *sic erat in fatis*.

Aquesta empresa, buen rey,
 para mí estaba guardada.

Este tipo, por otra parte, ha debido ser el primero en una colección como, por ejemplo, la de *los españoles pintados por sí mismos*; pues me figuro yo, que los dos tomos, v. g., de que consta esa obra, son dos grandes galerías de un edificio, como si dijéramos, de *Historia social* en que el editor, como se hace en los salones de la casa *Historia natural*, ha instalado *ad futuram memoriam*, á varios ciudadanos de nuestra patria, cada uno en su habitación á manera de peregrinos

pájaros en bonitas jaulas colocadas en hilera; y el *portero* debía ser el primer individuo en que se tropezase: así lo escigia el buen órden; pero ya que esto no ha tenido lugar, demos el presente artículo como apéndice á cualquiera obra de esas, y sea el *portero* la última persona que saludemos; que si no es el portero que abre y admite á las gentes que quieran visitar el palacio, será el portero que cierra, despidiendo á los que lo han visto; y aun esto no deja de estar conforme, si es verdad, como se dice, que mas acostumbra el portero negar que conceder la entrada.

He aquí los dos que he traído, de las oficinas públicas del Estado, el uno; de los aristocráticos zaguanes, el otro. Dejemos en paz al de una redaccion de periódico, al de un colegio eclesiástico ó militar, y á otros, para los cuales no hay cabida en un mismo nicho, porque á dársela y tenerla era segura una coalicion de muchos contra uno, de todos contra el portero de la redaccion periódica; pues por lo que tiene de periodista, se haria temible á los demas, que son hombres pacíficos, y, digámoslo así, *de su rincon*, como otros lo son *de su casa*; y aquel es activo, versátil, bullicioso, que así lo escige la ocupacion en que se emplea, que es la de.... hacer mil cosas á la vez, sin estar nunca al lado de la puerta; y esto, por mil razones que puede comprender quien visite dos veces la oficina-redaccion de un periódico, aun la del mas sério, ó formal, ó, como dicen ahora, concienzudo.

Dos *palabras* sobre la etimología de la palabra *portero*. Es bien conocida, pero debiera significarse con esa palabra otra cosa que no se significa. *Librero* es el que hace libros; *tonelero*, el que hace toneles; *portero*, pues, debía ser el que hace puertas; mas por un capricho de los muchos que tuvieron los *priores* (asi dicen en latin), *portero*, en el idioma castellano, es el que tiene á su cuidado el guardar, cerrar y abrir las puertas (1), y el que las hace se llama carpintero.

El cargo, encargo, empleo, destino, comision, ó mision del portero, es, á mi parecer, cosa antigua; y si no basta decir que el gentilismo nos presentó ya un portero á la entrada del Averno, abriré el Génesis, y no habrá quien niegue que el primer portero que hubo en la tierra fué creado al dia siguiente de haber concluido Dios esta pasmosa fábrica del mundo; pues allí, en aquel libro, se dice, que habiendo pecado Adan fue arrojado del Paraiso, y para que no penetrase luego en el delicioso recinto donde tan fatales, pero tan hermosas manzanas se criaban, colocó á la puerta el Señor un ángel con una espada desnuda en la mano. De cuyo testo se infiere ademas, y yo lo dejo estampado aquí para consuelo y digno orgullo de los porteros, que su cargo es de institucion divina, sin que esto lo puedan negar ni combatir todos los republicanos del Universo reunidos en junta ó Córtes, ó cosa por el estilo, como se ha combatido y negado la otra opinion que hacia derivar de Dios á los reyes, que ahora no sabemos de quien son hechura.

Por otra parte, sabido es que en los templos cristianos ecsistía el cargo de *ostiario*, que no era otro que el de cuidar de abrir y cerrar las puertas, cargo que antiguamente desempeñaba un sacerdote, y ahora está cometido á un sacristan ó monaguillo.

Probadas la necesidad y antigüedad del cargo de portero, veamos el primero de los de que he de hablar, al que pertenece al Gobierno.

Subamos por una escalera ancha, en la cual tropiezan los que suben en los que bajan, siendo infinito el número de los que bajan y de los que suben, y pe-

(1) Diccionario de la lengua, novena edicion.

netremos en una pieza suficientemente capaz de contener catorce ó veinte personas, de pie ó sentadas en dos ó mas bancos de madera pintada de color de caoba, ó de verde, y fijemos los ojos en la mesa colocada en un ángulo de la habitacion, muy cerca de una mampara, por que allí está el hombre que buscamos. Vedle: sentado, con un codo apoyado en la mesa, regalando al paladar y al aire bocanadas de humo de tabaco escojido en otra dependencia por otro de sus cólegas, y paseando su vista, con cierto tono de indiferencia, por todas partes, parándola en los que entran y en los que salen, y atento el oido á lo que pasa ó puede pasar tras de la mampara, con el objeto de no hacerse esperar cuando el agudo sonido de una campanilla interrumpa el silencio de aquel recinto: por que esa campanilla es para él un resorte que le pone instantáneamente en accion, sin que se resista la masa de su cuerpo, obeso ó raquítico, pero casi siempre de antigua data.

Esa campanilla es la voz á que no puede permanecer sordo: es el *rumpe-moras*, el *corre-vé-dile*- el *age*, *age* de los gramáticos cuando argumentan; y mas listo que un recluta contesta *presente* al ser nombrado en el acto de la revista, y mas pronto que un estudiante en cátedra responde *adsum* cuando le llama el dómine, acude el portero al hombre de la campanilla, barbotando, como lo haría un hermano lego en su convento, el versículo de cierto psalmo: *audivi vocem tuam et timui*.

No produce tan rápida sensacion la botella de Leyden en quien la toca, como en el portero el sonido del metálico instrumento que le llama. ¡Ay de él si da lugar á que suene por segunda vez el címbalo ecsigente, apremiante, ejecutivo! un repiqueteo indefinido, espresion del enfado del gefe, pregon de que el portero no llena sus deberes, haciéndose llamar sin acudir, sería el primer efecto de su morosidad: un semblante inflamado é imponente sería luego la segunda muestra del disgusto que habia producido su tardanza. A un llamamiento oral se hace uno el sordo; á un campanillazo (no hay que confundir las dos cosas que significa esta voz) se acude al momento, porque es todavia mas incontrastable que el *hola!* de nuestros antiguos señores feudales, del que ha heredado toda la fuerza de imperio y de energia.

Alguna que otra vez suele ser impunemente tardo el portero en presentarse en donde se le llama: entonces, un atento observador hallaria con facilidad la razon de tan descortés demora. Quizás no es gefe ya en aquellos instantes el hombre de la campanilla, y el portero desdeña la espirante autoridad y el eclipsado prestigio del que pronto entrará en la gran cuitada familia de los cesantes, (hecho histórico).

Mientras no se oye el sonido que arranca al portero de su sitio, como un huracan levanta del suelo la hoja seca, considerémosle detras de su mesa. Sobre esta se ven los periódicos del dia, tabaco, navaja, fósforos y demas objetos necesarios para fumar, y algun pliego de papel sellado, escrito en forma de memorial, y que con efecto lo es, para ser entregado al gefe.

Alli parece indiferente á todo: pero ah! lectores míos! os engañais por aquel apacible aspecto. El portero tiene adquirido el hábito de la reserva y el del disimulo, y sus mas tranquilas miradas el don de segunda vista. Asi es que lee en el rostro de los que entran la pretension que traen; si van á pedir ó á contratar; si son desconocidos al gefe, ó recomendados, amigos ó parientes; y con la misma facilidad adivina por el semblante de los que salen el écsito de su visita al hombre de tras la mampara. Cuando no comprenden sus experimentados ojos algo de lo que ven, porque en todo hay casos raros y escepcionales, con la sagacidad mas diplomática, con el tacto mas esquisito sondea el interior del entrante ó saliente con

solo dirigirle algunas palabras, que no son preguntas y aguardan respuesta; y por poco *blando* que sea el interpelado, pone al portero en el caso de olfatear el asunto, de rumiarlo, digerirlo y poseerlo.

Asi se hace sabedor de cuanto pasa, y aun el protector de algunos, y tal vez la perdicion de otros; porque el portero es hombre que tiene sus correspondientes simpatias y antipatias, sus opiniones particulares, y sus deseos de gloria, de venganza, (aunque este es mal pecado, y quizás no lo cometa) y de... propina: deseos en él vehementes mas que en otros mortales. La razon de esto la ignoro, ó la callo, que es lo mismo, puesto que nadie la ha de saber por mi. Lo que si sabemos todos es cuanto vale grangearse la complacencia de un portero, y hé aqui esplicada la razon que obliga á los pretendientes á humanizarse; y, dicen algunos, á metalizarse cuando se acercan á ese *Dios término*, vigia en el edificio donde reside la potestad que van á implorar en sus repetidas solicitudes. Mas de diez veces he visto á varios solicitantes parados al umbral de la puerta de la habitacion que ocupa el portero, observando el rostro de este para adivinar, por ciertas señales que solo pueden comprender los pretendientes, el interior disgusto que en aquel momento turba la tranquilidad del indispensable personaje, y se retiraban por no recibir un violento ex-abrupto antes de que abriesen la boca.—*S. E. no dá audiencia: es falta de consideracion, señores: S. E. duerme, porque tambien trabaja y se fatiga, y se aburre... no dá audiencia, no dá audiencia.*—El es quien no la dá, ni quiere que la dé su gefe; pues cuando lo anuncia á algun entrante por disposicion de aquel, entonces la espresion de su rostro y palabras revela que es órden superior:—*Hoy no recibe S. E.... no puede....*—é inclina un tanto la cabeza para significar que lo siente.

Revestido en otras ocasiones de la misma autoridad de su gefe, la cual cree trasmitirsele al ordenarle que no admita, erguido y digno como la *magestad*, se arrellana en su sillón, si está sentado, ó va orondo, si pasea, y oye y contesta con gravedad y mesura:—*Será V. atendido*, dice á uno; *pero aun no es tiempo.*—*Pasará la solitud de V.*, responde á otro, *á la oficina tal para su informe.*—*Está V. nombrado oficial segundo de la Aduana de.... pero no se ha firmado la credencial.*—Y enciende un cigarro, y calándose los anteojos, si de ellos usa, recorre las columnas de un diario, y se levanta ó pasea ostentando su pantalon holgado y sin trabas, pero limpio, asi como el chaleco *de abrigo* que le cubre hasta mas abajo de la cintura, y su casaca-levita-capa, que todo eso es el frac que viste, el cual, á tener lengua y el don de la palabra, nos podria contar escenas ministeriales del tiempo de Carlos IV.

Es proverbial la aspereza del carácter del portero; mas con los empleados en su dependencia suele ser generalmente amable, escepto, dicen, con alguno que ha merecido su desgracia, ó bien porque le coartara sus adquiridas atribuciones y derecho de preguntar acerca de tal ó cual asunto, ó bien porque le impidiera aprocsimarse á las mesas de la oficina, como dicen tambien que tiene de costumbre, con aire, asi, infantil y de candorosa confianza, para que no humée los negocios.... etc. Pero ¡ay de ese individuo, aunque sea el propio secretario! ¡Ay del que le oprima con una espresion amenazadora, con una mirada altanera! Tal vez el portero (esclamó á este propósito un escribiente decidor, y, quizás injusto) tal vez si no se irgue como la culebra, se humillará como el alano, para morder mas tarde como el tigre. Aquel empleado inadvertido, continuó diciendo el amanuense, será interpelado algun día sobre tal espediente que estuvo á su cargo y que no se encuentra: sobre este ú el otro asunto, cuyos antecedentes debian obrar en su mesa, y han desaparecido. Ademas su cartera estará falta de papel en blanco, y habrá de pedirlo pliego á pliego:

en el tintero encontrará arenilla, y en la salvadera nada. Pocas plumas adornarán su escribanía, y las pocas que se le faciliten estarán *mochas*, serán de la derecha, blandas etc., y el lacre apestará, y la oblea tendrá el repugnante sabor del cobre, ó de otra cosa mas ruin. Será bien escuchado para ser pésimamente obedecido, y las quejas que produzca quedarán sin cumplida satisfacción, porque de antemano su enemigo habrá predispuesto en su contra el ánimo del hombre de la campanilla.

No es el mio decir todo lo que se puede de un portero, dudando, como dudo, de la exactitud que pretende en su aserto el susodicho escribiente. Pero si añadiré cuatro palabras mas.

Tiene el portero incumbencias que trae consigo el puesto que ocupa, aunque no el cargo que desempeña. Por ejemplo: no le corresponde comprar el papel, tinta, balduque, oblea etc., pero compra todo esto, porque asi se acostumbra de inmemorial, sin que él se oponga ni lo resista. Estiende luego el recibo con el V.º B.º de su puño y letra, y presenta el documento *intachable* al secretario para que satisfaga los maravedises que reza. Secretario ha habido que ha fruncido las cejas al leer semejantes documentos, y ha dicho para su gaban *yo te ataré corto*: mas no puede ser el portero interpelado: *quod scripsi scripsi* diria, y diria muy bien, porque nadie interviene en sus compras, y es probable que diga la verdad sin que nadie sea capaz de probarle que miente.

¡Que miente! ni aun suponerlo es posible: por que tal vez suceda que no se ande el portero regateando los maravedises, y lo pague todo á mas subido precio que lo pagaria otro; pero de ningun modo hemos de imaginar que constituye su bolsillo en aduana que cobra derechos por los géneros que como de tránsito conduce él desde la tienda del comerciante al pupitre del secretario.

Acerca de lo que hemos apuntado respecto del carácter adusto del portero, podremos decir en abono de este, que el mas amabilísimo prestidigitador que se deshace en manifestaciones de afecto hácia el público que le favorece, no llega á serlo tanto como nuestro hombre cuando pone en manos de cualquiera un nombramiento real, que improvisa de un agitador político, alguna vez, un alto funcionario. La hilaridad del portero solo puede compararse entonces al *valor de las consecuencias* que produce la entrega del pliego de la secretaria.

Sé tambien que es muy atento y urbano, y que procura por el decoro de la oficina, no consintiendo que ardan en los candeleros, por la noche, cortos cabos de velas, que diariamente recoge y sustituye con velas enteras. Que no falta á complimentar á los señores de su dependencia, desde el gefe hasta el último escribiente, el día en que cada cual celebra su cumpleaños: ni se olvida de dar las Pascuas, manifestando que desea volver á hacerlo muchos años mas. Y en esos casos, creo yo de buena fé, que se contrista un tanto el portero, pensando en la ineficacia de su buen deseo, en esta época en que un empleado es un grano de arena que el mas leve viento conduce de un punto á otro hasta arrojarle al inmenso mar de las penas, de la *cesantía*, de la *nada*. Pero creo tambien que el portero reflexionará cuánto está el hombre sujeto á las alternativas de la suerte, siendo preciso resignarse....

y, al fin y al cabo, si D. F. de T. deja de ser su gefe, no por eso se destruye la poltrona del gefe: otro la ocupará: aunque este consuelo le acibara el adagio que dice: *mas vale malo conocido, que bueno por conocer*. Nada hay enteramente satisfactorio sobre la tierra.

Oh! cuántas peripecias habrá presenciado el portero durante el tiempo de su servicio activo! A cuántos habrá visto trepar á la cumbre de la grandeza, y sentarse

allí orgullosos, con esplendor y gloria en medio de las delicias, y desde allí rodar como un gran copo de nieve brillante con los arreboles del sol, al oscuro abismo! Mas bien que portero debiera llamarse *padre agonizante*, puesto que su *mision* parece ser la de acompañar á la *roca Tarpeya* á innumerables escelentísimos mayor-domos de la gran casa que llamamos Nación.

El, el portero, suele acabar sus días allí, ó también en su casa, jubilado al fin de larga carrera, con el derecho de usar una casaca con cuello encarnado, y de hablar hasta dejarlo de sobra de las antiguas intrigas que presenciara.

POST SCRIPTUM.—Nada hemos dicho de la facilidad con que ciertas personas son introducidas al santuario del jefe. Al divisar el portero á alguna de esas privilegiadas criaturas, se vé en sus ademanes de solícita complacencia que se presenta algun personaje predilecto de su señor. Otras veces cambian entre sí acompañado y acompañante algunas miradas y sonrisas de inteligencia, lo cual denotan *esto* ó *aquello* que el portero sabrá, *él* ó *la* entrante también, y no menos S. E. Añádese que tal cual vez se hace esa introducción con prudentes precauciones, lo cual suele tener lugar especialmente cuando se trata de personas que cesijen altos miramientos por pertenecer á un seso del cual se dice lacónica, pero bastantísimamente, que es HERMOSO.

Feliz portero si jamás se desmiente este lisonjero dicho!

JUAN VILA Y BLANCO.

(La conclusion de este artículo en el número próximo.)

Á MI AMIGO D. JUAN ROCA DE TOGORES Y PERPIÑAN.

—
ANTES DEL COMBATE.

—
AL VER UN CLARIN.

Apenas suene
tu limpio acento,
rasgando el viento
que ahora respiran
aves y flores,
tumba de horrores
los valles fértiles se tornarán.
Y repitiéndose
por llano y breñas,
rios y peñas,
grutas silvestres,
ricas ciudades
y soledades,
cual eco fúnebre retumbará.

Allá las tórtolas
enamoradas
las enramadas
verdes, agitan;
y alzan su arrullo
entre el murmullo
de fuentes, céfiros, árbol y flor;
Mientras cantando,
los artilleros
atracan, fieros,
de negras balas
dentro de sacos,
metralla y tacos,
el bronce cóncavo de su cañon.

Y por los montes
 y los collados,
 van los ganados
 y los pastores
 —huyendo el ruido—
 tras el egido
 que puerto ofrézcales mientras la lid.

Y en tanto matan
 los militares
 miedo y pesares,
 en negro vino
 dado igualmente,
 pólvora ardiente,
 con gritos bélicos, echando allí.

—
 Y por los aires
 llegan y miran,
 tornan y giran,
 bajan y suben,
 roncós, violentos
 buitres sedientos,
 que en sangre cálida se cebarán.

Y van formando
 los escuadrones;
 y los pendones
 de plata y oro
 brillan al lejos,
 cual los reflejos
 de estrellas pálidas sobre la mar.

Ya presurosos
 vuelan mezclados
 con los soldados
 por la llanura,
 —como huracanes—
 los alazanes
 que cria el pródigo suelo andaluz.

Crujen las armas
 resplandecientes
 de los valientes;
 ruedan los carros,
 y en son de guerra
 gime la tierra
 bajo la bárbara gran multitud.

—
 ¡Ay! que ya rádia,
 ya se desploma
 sobre una loma
 reverberando,
 la luz febéa
 que á la pelea
 mueve al intrépido campo español!

Alegres voces
 suben al cielo....
 ¡quién el consuelo
 tendrá mañana,
 tras la fatiga,
 de ver la amiga,
 pura y espléndida lumbre del sol!

Ventura Ruiz Aguilera.

REVISTA TEATRAL.

Amigos de cumplir nuestras palabras, que al cabo y á la postre no son programas ministeriales, ni pomposos prospectos de editores, daremos comienzo en el presente número á las *revistas teatrales* que en el anterior prometimos; si bien lo hacemos bajo la impresion mas dolorosa y amarga del mundo. Acabamos de presenciar (domingo 15 de abril) una riña de gallos; de gallos, si; dos eran, *rojo* el uno, *plumicano* el otro; en los dos parecianos ver simbolizada la actual situacion de Europa, y mas particularmente la de Francia, en cuyo palenque procuran desplumarse los *rojos* ó los amigos de Proudhon, y los *conservadores*, ó los amigos de *el sobrino de su tío*, de Luis Napoleon Bonaparte. En el reducido *Circo* de los gallos, como en el ancho de

Francia, hubo heridas sin número, espolonazos sin cuento, y sangre ¡ay! y sangre... todavía conserva una gota, aunque seca, nuestro sombrero. Las consecuencias no han sido, es cierto, iguales en los dos campos: en el de los gallos venció el rojo, venció Proudhon, el comunismo, *el nivel* que espanta á los chiquillos.... y á los hombres de la suprema mollera; en el de Francia aun *está el rabo por desollar*, como diría cualquier amigo de refranes.

Pero dejemos esto, y pasemos al *Teatro*, que al fin la orquesta del mismo, si está arreglada como esperamos, y *D. Enrique el bastardo*, si es drama no tan *bastardo* como algun otro de los que hemos visto anteriormente, podrán distraernos de las impresiones de que hemos hecho mérito al principiar estas líneas. Indudablemente, la armadura del Sr. Sagrañes, primer galan y director, y el vestido con que se presenta en el primer acto la señora Masa, primera dama, son dos trages que merecieron llamar la atención del público, así por su propiedad como por su extraordinario lujo; todo esto con perdon sea dicho del *Samuel Levi* del drama, quien se olvidó del turbante por ceñir el casco, y de la túnica talar por echarse encima la dalmática. Pero ¿y el drama? nos preguntarán nuestros lectores.... es verdad ¿y el drama? preguntamos también nosotros: sírvanse VV. buscar el drama, porque nosotros no lo hemos podido encontrar. Hemos oído, sí, versos sonoros, muy sonoros, tan sonoros como el lúgubre redoble de una caja que en el final martiriza por espacio de un cuarto de hora á los espectadores, sin necesidad maldita; hemos oído frecuentes variaciones de metro, en unas mismas escenas, y sin saber por qué; hemos visto un *D. Pedro de Castilla*, tan cruelmente *cruel* que escita, en vez del horror, la más espontánea hilaridad del mundo. Los actores hicieron lo que pudieron y más de lo que debieron por realzar el drama, cuyo autor (no sabemos quien es) si es novel, como creemos, en medio de los muchos defectos en que abunda su producción, revela también no despreciables dotes. La señora Masa estuvo bastante feliz en el final del drama.

Háñse puesto en escena también días atrás, *La Calderona*, *El Rey y el Aventurero*, *La Rueda de la Fortuna*, (1.ª y 2.ª parte) y *El Rey Loco*.

La Calderona no es seguramente lo mejor que ha salido de la pluma de sus dos autores, quienes, como actores que son, se propusieron, al parecer, ensalzar el ejercicio dramático, escogiendo por héroe á una señora Doña María, conocida en la Corte de Felipe IV con el nombre de *La Calderona*, aficionada á las comedias, cuya señora, en el drama, se ve lastimosamente perseguida, ó, como si dijéramos, *ojeada* nada menos que por el Conde-duque de Olivares, picarón de cuatro suelas que se vale de los medios más reprobados para hacerse amar de la pobre muchacha, y entre otros (esto pertenece á la propiedad de la representación) del inicuo de salir á las tablas con un traje de doméstico más bien que de todo un ministro privado del rey galanteador. Justo es decir (prescindiendo, en obsequio de la brevedad, del desaliño de la versificación, de las incorrecciones, y de la falta de un plan meditado y de caracteres verdaderos) justo es decir, repetimos, que el Sr. Sagrañes, en el papel de Alberto, tuvo momentos de verdadera inspiración.

El Rey y el Aventurero, es un drama inverosímil y lleno de estravagancias; sin embargo, hay en él *vis*: hay conocimiento del Teatro, suma gracia en algunos diálogos, y situaciones bien preparadas, merced á lo cual se vé con agrado y benevolencia. La escena en que D. Cesar de Portugal se finge el rey D. Alfonso VI, está escrita con maestría, y fue desempeñada con acierto por los Sres. Sagrañes y Tormos; la escena IX del acto 2.º entre el Conde de Tras-os-Montes y su esposa la Condesa fué bien interpretada por la Sra. Bagües y el Sr. Sabater.

La Rueda de la Fortuna, de cuyo mérito no nos ocuparemos por ser ya conocido del público, es el drama que en los que hasta ahora hemos visto ha sido mejor representado; no así *el Rey Loco*, en cuya ejecución no nos ha parecido tan atinado el Sr. Vilardebó, como debíamos esperar de sus excelentes dotes. Este actor se presenta bien en la escena; en sus maneras hay generalmente naturalidad; pero hemos creído notar, y en esto nos referimos también á la señora Masa, mucha monotonía en la pronunciación de los finales de los versos, lo cual es tan ingrato al oído del espectador como fácil de enmendar.

Réstanos solamente decir acerca de la nueva pareja de baile, que hizo su *debut* en el teatro de esta capital el domingo último, si mal no recordamos, que la empresa ha hecho con ella una notable adquisición, pues reúnen así la señorita Montañés, como el Sr. Perales, á una buena escuela, gran soltura, gracia, agilidad y firmeza en los movimientos, y figuras simpáticas. Hubiéramos deseado, si, en *la Azulma*, ya que es baile fantástico, que el traje de la señorita Montañés hubiera sido más fantástico, más aéreo, de linón, por ejemplo, y no de raso.

ARCO-IRIS.

Dentro de breves días tendremos el gusto de ver en esta ciudad al célebre frenólogo D. Mariano Cubi y Soler, quien en la actualidad se halla en Valencia, en cuya capital pronunció el día 20 la oración inaugural, del curso que se propone explicar, siendo muy aplaudido por la numerosa y brillante concurrencia (más de 1.200 personas) que acudió á aquel acto. En Alicante también se propone explicar en seis lecciones un curso de Frenología y Magnetismo, al alcance de todas las clases de la sociedad.

El Sr. D. Joaquín María López vá á publicar una obra con el título de *Leciones de elocuencia en general, de elocuencia forense, de elocuencia parlamentaria y de improvisación*. No hay necesidad de encarecer una producción de esta naturaleza, mayormente cuando su autor es una de esas privilegiadas inteligencias, cuya celebridad es universal, y cuyas inestimables facultades oratorias son de todos conocidas.

A pesar de la excelencia de algunos escritos recomendables sobre varias partes que abraza la elocuencia, carecíamos en nuestra patria de un tratado especial que reuniese todo lo preciso en esta materia, que se acomodase á todas las capacidades, y que contuviese no solo las reglas y principios, sino también su aplicación al foro y á la tribuna. Con el auxilio de la obra que recomendamos, con el estudio de los modelos, y con los ejercicios que deben ser constantemente repetidos, podrá cualquiera, dotado de regulares disposiciones, hacer toda la escala desde la formación de un discurso preparado, hasta la más espontánea y rápida improvisación.

Por lo especial de la obra, por lo ilustre del nombre del autor nos creemos en el deber de recomendar eficazmente á nuestros lectores la adquisición de estas *lecciones*, seguros como estamos de que cuanto pudiéramos decir en su elogio no correspondería á la importancia de la publicación.

En la sección de anuncios verá el lector las condiciones de la suscripción.